

LAS AGONÍAS DEL CONGO*

Las guerras que desde mediados de la década de 1990 han convulsionado a la República Democrática del Congo se han desarrollado, en buena parte, fuera de la atención de los medios de comunicación; su terrible peaje, entre 3 y 4 millones de víctimas, ha estado ausente de las páginas de los periódicos y de las pantallas de televisión. La incesante carnicería y la propia complejidad de los acontecimientos –que en un momento u otro implican a los ejércitos de media docena de Estados, así como a un desconcertante despliegue de fuerzas respaldadas por terceros, de señores de la guerra regionales y de milicias locales– han demostrado ser tremendos obstáculos para el análisis. La suerte de la República Democrática del Congo (RDC) también parece representativa de la ambigua transición de África, desde el campo de batalla poscolonial de la Guerra Fría a una nueva era histórica, mucho menos predecible y que a menudo ha parecido desafiar la inteligibilidad. Dar sentido a las guerras congoleñas y al mismo tiempo entender este cambio histórico más amplio no es una tarea fácil, pero es el objetivo del nuevo y ambicioso libro de Gérard Prunier.

El propio Prunier es un personaje complejo, a caballo de los mundos del análisis académico y de la formulación política. Nacido en 1942 en Neuilly y educado en París y Nanterre a finales de la década de 1960, pasó buena parte de los primeros años de la década siguiente en África del Este –principalmente en Uganda y Tanzania, fuera de la esfera francófona– antes de regresar a Francia a finales de la misma para doctorarse en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Obtiene su doctorado en 1981 con una tesis sobre la «cuestión india» en África del Este: había sido testigo de la expulsión de la población asiática de Uganda que realizó Idi Amin. En 1984, se incorporó al Centre National de la Recherche Scientifique donde ha permanecido desde entonces exceptuando un periodo entre 2001-2006 en el que dirigió el Centro Francés de Estudios Etiópes en Adis Abeba. Junto a su carrera académica, Prunier ha frecuentado de manera regular los círculos donde se formulan las políticas. Antiguo miem-

* Gérard Prunier, *From Genocide to Continental War. The «Congolese» Conflict and the Crisis of Contemporary Africa*, Londres, Hurst & Company, 2009, 529 pp.

bro del secretariado internacional del Partido Socialista Francés, desde donde asesoró al partido sobre temas relativos a África del Este, a finales de la década de 1990 y comienzos de la siguiente trabajó con la «Unidad Africana» en el Elíseo, y fue consultado por la comisión de investigación del Parlamento francés sobre el papel del país en el genocidio de Ruanda. Más recientemente, ha prestado testimonio como experto en el Congo ante el Tribunal Penal Internacional.

Pero quizá sea más conocido por dos intervenciones protagonizadas en tiempos del genocidio de Ruanda. La primera fue como asesor del Ministerio de Defensa durante la Operación Turquesa, la incursión francesa en Ruanda en junio de 1994 bajo los auspicios de la ONU, realizada con el pretendido objetivo de establecer «zonas de seguridad» para los desplazados por los *génocidaires*. En realidad se trató poco más que un cínico ejercicio de relaciones públicas destinado a mejorar la imagen de Francia, en entredicho después de sus años de total apoyo al régimen de supremacía hutu de Juvénal Habyarimana. El papel de Prunier, según su propio relato, consistió en proporcionar consejos logísticos y sugerir una ruta de entrada que hiriera lo menos posible la sensibilidad del Frente Patriótico de Ruanda, de obediencia tutsi; también se opuso a las voces militares francesas que pedían una invasión para proteger al gobierno hutu del avance del Frente Patriótico Ruandés (FPR). Al final, la operación no tuvo la matanza: como señaló uno de sus miembros, las tropas francesas fueron «aclamadas por asesinos» que continuaron su trabajo con impunidad hasta que el FPR les barrió del país.

Prunier se había alejado de la Operación Turquesa tan pronto como empezó, regresando inmediatamente al análisis académico. Un año después había producido el primer relato del genocidio, *The Rwandan Crisis* (1995), su segunda destacada intervención. Aquí adoptó una posición crítica con la política francesa, incluyendo la operación en la que había estado implicado. Sin embargo, sus críticas sobre la *Françafrique*, el sistema de protectorado informal francés sobre sus antiguas colonias en África, parecían ambivalentes procediendo de alguien que había estado tan estrechamente relacionado con él. En su trabajo posterior a menudo ha adoptado una posición contraria a la de la política exterior del *establishment* francés, acercándose de alguna manera a la de los «anglosajones»; como muestra de ello, sus dos principales libros desde mediados de la década de 1990 han sido escritos en inglés. *Darfur. The Ambiguous Genocide* (2005) proporciona una perspectiva general del conflicto, pero también sitúa a Prunier como un defensor del término «genocidio» y un acérrimo crítico del régimen de Jartum.

Su último libro cubre una década de prolongada violencia en África Central, que abarca desde Ruanda hasta el final de la «transición» política en la RDC en 2006. En nueve capítulos escritos con brío, el lector es transportado a través de las secuelas del genocidio de Ruanda; la Primera Guerra del Congo de 1996-1997, en la que las fuerzas ruandesas de Paul Ka-

game y las ugandesas de Yoweri Museveni derrocaron a la tambaleante dictadura de Mobutu, instalando como presidente a Laurent-Désiré Kabila; la ruptura en 1998 entre Kabila y sus antiguos aliados, que desencadenó la Segunda Guerra del Congo y la partición efectiva del país en zonas controladas respectivamente por el gobierno, por Ruanda y por Uganda; el asesinato de Kabila y su reemplazo por su hijo Joseph Kabila, que con el apoyo occidental se volvió cada vez más poderoso; y por último, el desarrollo de un precario proceso de «transición» a partir de 2003, bajo los auspicios de la diplomacia sudafricana, que ha dejado sin resolver hasta la fecha algunos conflictos en las provincias orientales de Kivu y de Ituri.

Prunier sostiene que los conflictos congoleños se han vuelto menos visibles y susceptibles de análisis debido a la polarización creada por el genocidio de Ruanda, tanto en la esfera académica como en el mundo en general. Su relato pretende evitar esta polarización buscando el terreno intermedio entre, por una parte, las narrativas que culpan principalmente a la dirección del FPR bajo el mando de Kagame de gran parte de lo sucedido en la región de los Grandes Lagos en las dos últimas décadas, como las de René Lemarchand o Filip Reyntjens, y por la otra, las de los autores que adoptan una posición más favorable hacia el FPR, como es el caso de Colette Braeckman. En este aspecto, el libro señala un significativo reajuste de la propia posición de Prunier: después de mostrar anteriormente una buena disposición hacia el FPR, parece que las Guerras del Congo le proporcionan una oportunidad para reconsiderar la figura de Kagame y corregir su relato de incidentes concretos que «malinterpretó» en *The Rwanda Crisis*. Esto resulta especialmente evidente en el capítulo inicial de *From Genocide to Continental War*, en el que Prunier aborda la escala y naturaleza de las matanzas realizadas por el FPR después del genocidio; sostiene que estas no fueron ni un «segundo genocidio» ni «matanzas incontroladas de venganza», sino el producto de «una política de control político mediante el terror». El FPR aparece aquí no como un brillante ejemplo del «renacimiento africano», en su momento alabado por los responsables políticos occidentales, sino como un movimiento autoritario y militarizado que pretendía instalar un «poder tutsi sin fisuras». (En esto Prunier va al compás de la tentativa más reciente de Occidente para disociarse del propio Kagame.)

A continuación, el libro pasa a ocuparse del tratamiento dado a los refugiados hutu de Ruanda, de los cuales cerca de 2 millones huyeron a las provincias Kivus ubicadas en lo que entonces se conocía como Zaire, acompañados y supervisados por los restos del aparato de poder hutu y de las milicias Interahamwe. Prunier sostiene que el tratamiento «humanitario» —es decir, no político— de estas poblaciones por parte de la «comunidad internacional» acabó «ayudando enormemente a los autores de los propios crímenes que no había hecho nada por detener», creando una venenosa mezcla de «asentamientos de verdaderos refugiados y de máquinas de guerra construidas para la reconquista del poder en Ruanda». Esto fue lo que incendió el ya precario tejido social y político del Zaire oriental.

El extenso país que se conoce actualmente como la República Democrática del Congo alberga a más de 60 millones de personas pertenecientes a muchos grupos étnicos, y ocupa un área del tamaño de Europa Occidental. Prunier ofrece un breve retrato geográfico del país –el 60 por 100 es bosque tropical que cubre la cuenca del río Congo; el resto es sabana con montañas al este– antes de señalar que «teniendo fronteras con siete países distintos, Zaire-Congo es el corazón del continente, pero es un corazón débil». Evoca brevemente la «despiadada explotación económica» realizada por Bélgica durante la era colonial y la «apresurada» descolonización de 1960, aunque sin mencionar la fuerza del empuje popular que llevó a Lumumba al poder. En 1965, un golpe de Estado patrocinado por la CIA instaló a Joseph-Désiré Mobutu, quien gobernaría el país durante las tres décadas siguientes. Prunier le describe como un «tirano sacado de Suetonio» que «destruyó su país para poder seguir gobernándolo», pero ofrece escasos detalles al respecto; poco se dice, por ejemplo, de la orgía de corrupción sobre la que presidía Mobutu, ni sobre la espiral de deuda que acumulaba el país como resultado de su cleptocrático gobierno, ni del empeoramiento, desde la década de 1970, de los términos del comercio para la principal exportación de Zaire, el cobre. El vaciado del Estado zaireño se aceleró en la década de 1980 con los programas de ajuste estructural impuestos por el FMI; pero Mobutu, respaldado incondicionalmente por Washington durante la Guerra Fría, tenía *carte blanche* para encarcelar y torturar a sus oponentes, así como un generoso acceso a la financiación. En 1991, cuando Estados Unidos le retiró precipitadamente su apoyo, el país tenía una deuda de 10 mil millones de dólares y la inflación superaba el 4.000 por 100. Éstas fueron sin duda las condiciones previas para la desintegración que iba a producirse.

Prunier denomina el conflicto de 1996 como una «guerra virtual» debido a la decrepita situación de Zaire en el momento de la invasión ruandesa-ugandesa. Registra el rápido progreso de los invasores hacia Kinshasa, donde a mediados de 1997 instalan a Laurent-Désiré Kabila, un antiguo guerrillero izquierdista de la década de 1960 que había desaparecido en el exilio y la irrelevancia. Prunier también se ocupa del muy discutido tema de los refugiados hutu desaparecidos, bien asesinados por tropas ruandesas o muertos de inanición en los bosques orientales: ofrece la cifra habitual de entre 200.000 y 300.000. Pero, como demuestra el libro a continuación, las esperanzas que surgieron después de la rápida desaparición de Mobutu pronto quedarían aplastadas por la reanudación e internacionalización de la guerra en 1998. A un lado del frente de batalla se encontraban Ruanda, Uganda y las fuerzas que apadrinaron en el este del Congo; en el otro estaban las fuerzas gubernamentales y las milicias de Kabila, las tropas enviadas al escenario por Angola y Zimbabue para impedir la caída de Kabila, así como intrusos secundarios: Chad, Sudán, Libia y Namibia. El punto muerto militar entre estos contingentes condujo a la creciente fragmentación de la RDC y a su saqueo directo por todas las partes implicadas.

A partir de 2001 el conflicto lentamente empezó a amainar, especialmente después del misterioso asesinato de Kabila por uno de sus guardaespaldas en enero de ese año. Prunier descarta la idea de que antiguos círculos próximos a Mobutu u otras potencias extranjeras pudieran haber patrocinado el asesinato y se inclina por la «hipótesis angoleña», según la cual, después de haber intervenido en 1998 para mantenerlo en el poder, los poderosos aliados angoleños de Kabila simplemente se cansaron de lo imprevisible de sus reacciones. Sin embargo, su hijo y sucesor, Joseph Kabila, se mostró menos maleable de lo esperado y escapó del dominio de sus padrinos regionales para reafirmar el control sobre las estructuras de poder, enormemente favorecido en este aspecto por la ayuda financiera, especialmente de la UE, y por el respaldo de las tropas de paz de la ONU, cuya misión en el Congo ha pasado de 5.000 hombres en 2000 a 20.000 en la actualidad. Prunier describe el periodo de «transición» que siguió a la firma de diversos acuerdos de paz en 2002-2003 como el de los «dos Congos: el antiguo territorio del gobierno que refunfuñaba y se quejaba, pero que en líneas generales vivía en paz, y la antigua zona de guerra, que a veces se preguntaba si ésta había acabado realmente».

En el último capítulo del libro, Prunier intenta una síntesis analítica de las guerras. La desastrosa historia que relata es la del Congo sufriendo las consecuencias, por un lado, del legado de Mobutu de un Estado poscolonial sumamente corrupto, «una catástrofe a la espera de producirse», y por otro, de los conflictos internos y ambiciones de los países vecinos que invadieron su territorio y conectaron con las propias divisiones internas del país. El rápido colapso del Estado zaireño durante la primera guerra es quizá la mejor confirmación de la naturaleza vacía del gobierno de Mobutu, al mismo tiempo «duro» en su impulso depredador y coercitivo y, sin embargo, «débil» en cuanto a su incapacidad para institucionalizar el poder, especialmente a la hora de hacer frente a los impulsos centrifugos de las regiones del país o para formar un ejército nacional. El segundo conflicto, que se despliega a partir de 1998, fue un conflicto «congoleño» solamente en la medida en que la RDC fue el campo de batalla de sus vecinos. Pero también fue específicamente «congoleño», como señala Prunier, en el sentido de que los países vecinos (excepto Ruanda) estuvieron de hecho implicados de manera periférica y se retiraron en cuanto alcanzaron sus objetivos a corto plazo: contratos económicos en el caso de Zimbabue; la destrucción de las bases de UNITA para Angola; la expulsión de los grupos apoyados por Sudán en el caso de Uganda, etc. La locución «guerra continental» del título del libro es por ello parcialmente engañosa; el propio Prunier declara que el conflicto fue «fundamentalmente una guerra entre Ruanda y el Congo [...] lo demás fue anecdótico». La segunda mitad del subtítulo –la crisis del África contemporánea– también es una generalización: ¿la década infernal que atravesó el Congo fue un paradigma del continente en ese periodo o más bien una excepción extrema? Prunier sostiene, con razón, que el conflicto fue producto de una configuración muy específica que no es probable que pueda reproducirse, y finaliza diciendo que «ningún otro país del

África actual tiene la capacidad de crear una convulsión semejante tan extendida en el continente».

¿Qué sucede con los paralelismos históricos de la tragedia de la RDC? Prunier sostiene que las comparaciones con la Primera Guerra Mundial no son útiles: con la excepción de la propia RDC y de Ruanda, las guerras del Congo no han dado origen a una masiva movilización nacionalista, ni han sumergido a las partes enfrentadas en ningún tipo de guerra total. El conflicto debería compararse más bien con la Guerra de los Treinta años, en la que un Estado en desintegración se convierte en el campo de batalla para un cierto número de Estados vecinos, que envían tropas o respaldan a grupos y a mercenarios, todos compitiendo entre sí en el saqueo y las atrocidades contra los civiles. El atroz peaje de muerte no fue producto de grandes batallas, sino de masacres de civiles y de los trastornos en el suministro de alimentos y en las infraestructuras sanitarias. Además, como la Guerra de los Treinta Años, los conflictos congoleños fueron un «momento de transformación en la historia del continente», después del cual se encontraba una nueva era.

En el presente volumen, como en otras partes de su trabajo, Prunier se centra de manera consistente en factores ideológicos y geopolíticos y –quizá influenciado por sus muchos vínculos con los círculos oficiales– hace mucho énfasis sobre las decisiones de los dirigentes. De hecho, uno de sus argumentos clave es que las cuestiones de liderazgo son importantes. Pese a toda la complejidad del tejido social, económico e histórico de África Central, parece que el carácter y las opiniones de individuos clave marcan una diferencia significativa: ya se trate de Mobutu entrometiéndose en los asuntos de Ruanda y Angola, de la formación de Kagame en el exilio de Uganda, de la visión de Museveni de su papel histórico, o de la incoherente personalidad de Laurent-Désiré Kabila (ya señalada por Che Guevara en sus diarios del Congo). Prunier sostiene que la eliminación de Kabila de la escena también contribuyó decisivamente a dar pasos hacia un acuerdo de paz. Entonces, ¿cuáles fueron los objetivos de estos individuos, y hasta qué punto contribuyeron cada uno de ellos a la prolongación del conflicto? El análisis de Prunier señala un cambiante conjunto de motivos. La principal preocupación de Kagame era el este del Congo, y especialmente los remanentes del poder hutu que sobrevivían allí y que suponían una amenaza potencial para el gobierno del FPR en Kigali. Por su parte Museveni estaba obsesionado por los desafíos en su contra que podían ser lanzados desde Sudán o el Congo, especialmente por el Ejército de Resistencia del Señor. En consecuencia, tanto para Ruanda como para Uganda la conquista de Kinshasa quizá no fue tanto un fin como un medio de «determinar el resultado» en el este del Congo, tanto con Kabila (en 1996-1998) como sin él (1998-2003).

Sin embargo, apoyarse exclusivamente en semejantes explicaciones tiene evidentes dificultades: en primer lugar porque las tropas de Ruanda y de Uganda ocuparon zonas cientos de millas más allá de lo que podrían exi-

gir esos propósitos; y en segundo lugar, por las evidentes ganancias materiales obtenidas por ambos Estados con su ocupación del Congo. De acuerdo con Prunier, las motivaciones económicas no tuvieron demasiada importancia en la primera guerra y fueron «aspectos secundarios» de la cruzada contra Mobutu. Solamente en la segunda guerra los intereses materiales desempeñaron un papel importante en la continuación del conflicto: tanto las tropas de Ruanda como las de Uganda extrajeron oro, coltán, casiterita y otros minerales –a menudo utilizando a la población local como mano de obra forzada– y vendieron grandes cantidades de madera. Semejantes intereses desempeñaron un papel no solo en la prolongación del conflicto, sino también en la desintegración de alianzas, especialmente la de Ruanda y Uganda que llegaron a librar batallas abiertas en el norte de la RDC en 1999 y 2000. La riqueza mineral del Congo oriental mejoró las balanzas de pago de estos dos Estados; Uganda, por ejemplo, se convirtió de la noche a la mañana en un importante exportador de oro y diamantes, a pesar de no tener yacimientos de su propiedad. Museveni y Kagame también utilizaron las guerras del Congo como una salida para las contradicciones políticas internas de sus sistemas de gobierno, especialmente en lo militar; una evidencia de que su control del poder no era tan firme como a menudo se supone. La estabilidad de Uganda y Ruanda, tan alabada por el Banco Mundial y el FMI, se ha producido a expensas de la RDC.

Al distribuir las responsabilidades por los conflictos, Prunier de nuevo concede gran importancia a la actuación de los dirigentes africanos, descartando como «paternalistas» o «conspiracionistas» las ideas de que poderosos actores internacionales estuvieran detrás de sus estrategias; especialmente la idea, ampliamente extendida en algunos círculos franceses y congoleños, de una mano «anglosajona» detrás de Museveni y Kagame. Realmente, Prunier considera las guerras congoleñas como la señal del fin del neocolonialismo en África, que trae un cambio desde el imperialismo externo (occidental) al imperialismo interno africano. Para bien o para mal, nos dice, nos encontramos ante una responsabilidad africana. También tiene palabras duras para el inadecuado manejo de la situación por parte de la «comunidad internacional»: su «conmovedor humanitarismo» no ha logrado resolver la cuestión de los refugiados en las Kivus, por ejemplo. Las potencias no africanas no solo fueron ineficaces sino también ingenuas, y de acuerdo con Prunier, fácilmente manipulables. Señala las habilidades de los políticos africanos para instrumentalizar los estereotipos y la ignorancia occidental: «En treinta y siete años de estudio de África he visto más blancos manipulados por negros que a la inversa. Pero el persistente racismo poscolonial hace que a las víctimas les cueste admitir que les han tomado el pelo».

En el relato de Prunier, el papel desempeñado por las potencias no africanas es simplemente pasivo o contraproducente. A Francia se la describe como básicamente carente de fuerza: aturdida por las consecuencias de su política en Ruanda e incapaz de salvar al régimen de Mobutu, se

quedó «sin saber qué hacer» en la emergente África Central posterior a la Guerra Fría; enfrentada al fallecimiento de la *Françafrique*, París achacó su frustración política a supuestas maniobras «anglosajonas» antifrancesas. Esta es seguramente una opinión demasiado indulgente. Al mismo tiempo que perdía su influencia en Ruanda y Zaire, París mantuvo una mano firme en la República Centroafricana y en Congo-Brazzaville, e incluso se las arregló para posicionarse de nuevo en la RDC como un respaldo clave para ambos Kabilas, padre e hijo. Mientras tanto, el papel negativo de Estados Unidos se resume para Prunier en su tenaz compromiso con su propia retórica sobre los «nuevos dirigentes» de la década de 1990, y hasta hace muy poco, en su inquebrantable alianza con Uganda y Ruanda a pesar de su aventurerismo militar y de sus negativos balances en cuanto a derechos humanos. Sin embargo, muchas de sus notas de pie de página apuntan a un papel mucho más directo que este, incluyendo supuestos despliegues encubiertos de personal militar y de mercenarios junto a las tropas ruandesas; pero se dan pocos detalles que permitan al lector hacerse una idea clara. Sorprendentemente, los británicos, belgas y chinos están casi por completo ausentes de su relato.

Aunque Prunier tiene razón al sugerir que la influencia de las potencias occidentales no debe sobreestimarse, no por ello se puede desechar por completo. Lamentablemente, en el libro no se investigan suficientemente muchos aspectos de su implicación en la RDC, por ejemplo, las relaciones de Joseph Kabila con sus apoyos internacionales (principalmente Estados Unidos, Francia, Bélgica y Sudáfrica) o los de las elites locales y regionales con un abanico de intereses económicos, desde compañías mineras hasta la extracción artesanal de diamantes, desde el comercio ilegal de uranio hasta la industria maderera. Diversos informes de la ONU han recogido los muchos beneficiarios del saqueo de la riqueza mineral del Congo. Entre ellos se incluyen empresas multinacionales de Canadá, Australia, Estados Unidos, Reino Unido, Bélgica, Sudáfrica, China y Zimbabue, actuando en complicidad con funcionarios de la RDC o beneficiándose del contrabando a través de Estados vecinos (Uganda, Ruanda, Zambia, Angola). Prunier deja sin explorar la mayor parte de estas turbias actividades económicas, como las de los empresarios industriales y mineros entre los que se incluían el belga George Forrest, el británico Jean-Raymond Boule o el zimbabuense Billy Rautenbach, que entre 1998 y 2000 fueron directores ejecutivos de Gécamines, la compañía minera estatal congoleña. Las responsabilidades de las instituciones financieras internacionales y de los acreedores del Congo también merecen mayor atención, especialmente respecto a la actual restructuración de la deuda de la RDC –Bélgica, Francia, Suecia y Sudáfrica son los principales «prestamistas»– y al reparto, patrocinado por el Banco Mundial, de Gécamines en beneficio de los inversores extranjeros.

El libro de Prunier proporciona un relato comprensivo y bien documentado de las guerras del Congo durante la pasada década. Dominar el turbulento fluir de los acontecimientos y el abanico de actores, mientras se

proporciona una narrativa clara en la que conflictos a escala local, como los de las Kivus, se combinan con procesos de escala casi continental, es ciertamente un logro. Pero el libro tiene un cierto número de defectos y lagunas que inevitablemente desmerecen a sus virtudes. El esquema cronológico del libro es tanto útil como frustrante: es necesario para dar sentido al desarrollo de los acontecimientos, pero esparce las perspectivas analíticas a lo largo del texto. Se plantean temas clave, pero luego se abandonan de manera que Prunier puede retornar a narrar las conspiraciones políticas que parecen fascinarle. Su interés por la intriga plantea nuevas preguntas. Se ofrecen al lector detallados relatos de acontecimientos, incluyendo asesinatos –frustrados o consumados– con muy pocos testigos. Estos detalles son a menudo reveladores, sin embargo muchas de las afirmaciones de Prunier se basan en fuentes confidenciales, normalmente miembros de los servicios de seguridad o de inteligencia, pero también en testigos de segunda fila («un pariente de uno de los guardaespaldas de Kabila que fue testigo de la escena»); algunas de sus fuentes, son incluso más dudosas («información confidencial procedente del entorno del comercio de armas»). Este tratamiento de las fuentes, a menudo improvisado, lleva a pensar cómo puede ser Prunier tan categórico sobre ciertos acontecimientos controvertidos, como la muerte del comandante del FPR Fred Ewigyema en 1990 o el asesinato de Kabila en 2001.

El libro contiene diversas partes de franca autocritica, en las que Prunier se distancia de posiciones que mantenía en su obra anterior, producto en parte de una inevitable falta de perspectiva. Pero algunos de estos errores se debían a su proximidad a los actores involucrados, por encima de todo al FPR y a la estructura de poder en Uganda. En este sentido, el posicionamiento de Prunier es tan honesto como ambiguo. Aunque admite que algunas de sus opiniones anteriores eran erróneas no parece reconocer las implicaciones de su actual cercanía a las fuentes occidentales, y especialmente a las francesas, para su relato sobre el Congo. Claramente retiene su gusto por los pasillos del poder; al mismo tiempo expresa repetidamente su frustración con la elite política, quejándose de que sus advertencias no fueran tenidas en cuenta; critica la falta de comprensión de la «dura realidad» por parte de los políticos, que ignoran el consejo de especialistas como él que están «íntimamente sumergidos en el África real».

La narrativa de Prunier se preocupa de las estrategias políticas y militares de los líderes, no de los procesos a largo plazo de construcción del Estado o de las maneras de imaginar la nación. Sin embargo, bajo el flujo de acontecimientos, como nos recuerda Prunier, están en juego temas básicos sobre la soberanía y la protonacionalidad: ¿qué es un país en África?, ¿qué es un gobierno legítimo?, ¿quién es un ciudadano?, etc. Desafortunadamente no aborda estas preguntas con mayor detalle. Aunque hace algunos comentarios útiles sobre las diferencias en el estilo y la visión política existentes entre los líderes del Congo, Angola, Zimbabue, Ruanda y Uganda, su capítulo analítico final solamente hace declaraciones generales sobre África como conjunto —«en el África actual, la lealtad hacia el Es-

tado no es un sentimiento internalizado», «el nacionalismo es esencialmente reactivo»— que aplanan las perspectivas dadas en otras partes del texto y oscurecen las diferentes trayectorias en la construcción del Estado. ¿Qué tienen en común la «espartana política cultural» del FPR y el legado de Mobutu, por ejemplo? Prunier diferencia entre el saqueo privado del Congo por parte del ejército de Uganda y la depredación más orientada por el Estado del ejército de Ruanda: hubiera sido interesante discutir los diferentes impactos de estos procesos sobre las formas de los dos Estados.

Respecto al modelo de nación, la fragmentación de la RDC ha planteado preguntas importantes relativas a su soberanía. Jeffrey Herbst y Greg Mills han sostenido en dos artículos en *Foreign Policy* («There is no Congo», marzo de 2009; y «Time to end the Congo charade», agosto de 2009) que «la única manera de ayudar al Congo es dejar de pretender que existe»; piden la renuncia al «mito del Congo», es decir, «la renuncia a la idea de que exista un poder soberano en este extenso país». Su brutal llamamiento para el desmantelamiento del país ha provocado arduos debates sobre su futuro. ¿Es la RDC, como sostienen Herbst y Mills, solamente una ficción legal mantenida a flote por potencias externas, o es una verdadera comunidad imaginada que sostiene la idea del Estado incluso en ausencia de instituciones estatales en funcionamiento? Prunier parece inclinarse por la primera opinión: su libro retrata el conflicto del Congo como un ejemplo de que ninguno de sus países vecinos se tomó en serio la soberanía congoleña. Los únicos actores que lo hicieron fueron las potencias más alejadas del escenario —Sudáfrica, Francia, Bélgica, Estados Unidos— que en este caso se atuvieron a las nociones westfalianas de Estado soberano. Pero permanecen incertidumbres de largo alcance: ¿estamos asistiendo a nuevos modelos de lealtades, que mezclan tanto conceptos territoriales precoloniales como procesos posmodernos de «glocalización»? ¿o prevalecerán los intereses creados para mantener las fronteras existentes y demostrarán que éstas no son tan artificiales?

Lo que ofrece el relato de Prunier es esencialmente una perspectiva «desde arriba». Aunque gran parte de la historia se hace seguramente en cuarteles militares y palacios presidenciales, eso deja sin explicación muchos procesos sobre el terreno. El gran ausente del libro es la gente; ¿cómo sobrevivió, vivió, pensó o actuó a lo largo de las guerras? ¿Cómo se soportan y alimentan las guerras «desde abajo»? Una perspectiva sociológica sobre el terreno, por ejemplo, podría ayudar a comprender la situación de «ni paz ni guerra» en las dos Kivus y en Ituri, o la permanencia de milicias y de prácticas de violencia socialmente arraigadas en la *longue durée*. Prunier menciona estas cuestiones —en relación al tema de la tierra en las Kivus e Ituri dice que «aquí nos estamos ocupando de un problema tan básico como el del sistema de cercamiento en la Inglaterra del siglo XVII»— pero no las desarrolla.

La ausencia de análisis sociológicos también es evidente en el compromiso de Prunier con las cuestiones de identidad. Términos esencialistas y

cosificados como «tribu» y «tribal» abundan en el libro aunque él mismo ha contribuido a su deconstrucción, especialmente en su obra de 1989 en colaboración con Jean-Pierre Chrétien, *Les ethnies ont une histoire*. Aquí, aunque tiene cuidado en afirmar que las identidades son múltiples y solapadas, que el tribalismo no es nunca una explicación sino algo a explicar, uno tiene la sensación de que da por sentadas algunas divisiones de identidades o algunos odios étnicos, ya que continuamente regresan con sigilo al análisis. No se puede negar que «las identidades son fuertes», especialmente en el contexto de brutalización y de guerra en el que estos alineamientos son a menudo necesarios para sobrevivir, pero habría sido de ayuda disponer de una discusión más completa sobre los procesos de «construcción de identidad» en condiciones de violencia, y su posible relajación o inversión. Leyendo a Prunier nos quedamos con la sensación de la inevitabilidad de choques entre etnicidades politizadas. Quizá esto explica la nota de impotencia que ocasionalmente aparece y que en una ocasión se convierte en una oración: «Un proceso enorme e incipiente está actuando ahora, y Dios ayude a los hombres y mujeres que son tanto sus actores como su impotente materia prima». Pese a todas sus afirmaciones sobre la responsabilidad africana, en su relato parece haber fuerzas y dinámicas mayores en funcionamiento, más allá del control o la comprensión tanto de actores como de analistas. Prunier nos ha dado una convincente síntesis de los acontecimientos, pero nos deja muchas cuestiones sin resolver respecto a su interpretación histórica.